



EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XLVII

DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

NUM. 13831

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la PENÍNSULA: Un mes, 1'50 ptas.—Tres meses, 4'50 id.—EXTRANJERO: Tres meses, 10 id.—La suscripción se contará desde 1.º y 15 de cada mes.—La correspondencia á la Administración.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN, MAYOR, 24

LUNES 30 DE DICIEMBRE DE 1907

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Correspondencia en París: Mr. A. Lorette, 14, rue Rougemont; Mr. J. Jones, 31, Faubourg-Montmartre.

Problemas de actualidad

La instrucción pública en España

Instrucción y educación. La doctrina que nos ha perdido. Ni paseantes ni copistas. Autores ilustres. El salto atrás. ¿Existe la instrucción primaria en España? La elocuencia de los números. Rodríguez San Pedro y el Preste Juan. La pacientísima España. Mucho peor que en Frajana.

Por fin parece que entre nosotros se empieza á agitar seriamente esta cuestión. Nuestros políticos van ya cayendo en la cuenta de que los dos problemas fundamentales de España son el del pan y el de la escuela, y, si cabe, sólo este último, pues resuelto el de la instrucción, las demás necesidades se nos darán colmadas por añadidura.

Pero el problema de la enseñanza no debe ser planteado, como algún orador lo ha hecho, en las Cortes, suponiendo que son dos cosas distintas instrucción y educación. Esta doctrina, sostenida por los elementos neos ó los puramente *diletanti* en el asunto, es la doctrina ultramonacal, la antigua y errada doctrina que nos ha perdido. Porque si existe la educación ética, ese tan decantado mito de la educación moral, y la educación moral más perfecta es la del Evangelio, ¿en virtud de qué lógica queremos quitarle el niño al jesuita? lo natural será compartir la función de la enseñanza con las Ordenes religiosas, y aun entregársela por completo, puesto que ellas son las que—según dicen—poseen la fórmula segura para hacer buenos á los hombres. ¿Como si la moral y los sentimientos y la voluntad se pudieran enseñar á nadie por principios ni existiera en el mundo alguno capaz de aprenderlos!...

No basta una recta intención; no son suficientes unos cuantos paseos de *tourista* por los claustros de algún colegio extranjero, ni copiar pacientemente dos ó tres estadísticas del *almanaque Gotha*, ni saborear, entre sorbo y sorbo de café, un poco de «*imaginismo pedagógico*», para sentirse ya informado en el meollo de tan hondísimas cuestiones. La ciencia de la enseñanza es muy compleja, exige el conocimiento superior de varias disciplinas, y su estudio no se puede tomar á modo de cinematógrafo entretenido que nos haga pasar dulcemente las horas, y, mucho menos, como pretexto en el juego de la política.

Estudien, los que á esta labor espiritual y piadosa quieren dedicar sus esfuerzos, el clásico libro de Ziedeman, el de Goltz, el de Kusmaul, el de Taine, el de Preyer, el de Strumplell, el de Emminghaus, el de Ufer, el de West; tengan presente los trabajos de Baer, de Benedikt, de Kraepelin, de Erisman, de Worner, de Chrischton-Browne, de Galton, de Mac Donald, de Pagliani, de Longo, de Malirewski, de Ekker, de Axel-Key; no se olviden de consultar á cada paso *La Revista de Psicología pädagógica* de Schiller y Ziehen; lean con detenimiento las publicaciones de Loteyko, de Sausure, de Mosso, de Beckmann, de Wilch, de Lange, de Eckener, de Buccola, de Binet y Henri, de Binet y de Courtier, de Franck, de Patrizi, de Morselli, de Gley, de Griessbach, de Vaunod, de Ocro, de Sikorsky, de Burgerstein, de Argamokov, de Smachkevitch; no se desdénen en frecuentar las interesantes experiencias de Eduardo W. Scriptun, en el Laboratorio de Psicología y Antropología de la Universidad de Yale; tengan en la memoria lo dicho por Horacio Maun, por Stolourine, por Foukousawa, por Carlyle, por Emerson, por Liberton Tadd, por Ruskin, por Macauley,

por Krohn, por Nitchaieff, por Christopher, por Bayr; sepan por las puntas de los dedos lo que escribieron Victorino de Feltre, Juan de Ravenna, Wessel, Erasmo, Rabelais, Montaigne, Juan Amos Comenio, Locke, Herman Francke, Simier, Hecker, Leibniz, Rousseau, Pestalozzi, Froebel, Andrés Bell, José Lancaster, Balkes, Jacolot, el padre Girard, Ivanovitch-Tikhomirof y tantos otros reformadores de la enseñanza, practiquen por ellos mismos el *Slojd* de la escuela sueca de Naas y los «trabajos manuales» de la Ripatresone, á orillas del Adriático; lleven en la inteligencia y en el corazón los cuatro grandes libros del inmortal Luis Vives, *De prima philosophia*, *De anima et vita*, *De tradendis disciplinis* y *De instrumento probabilitate*; tengan en todo instante ante los ojos el *canon pedagógico* del americano Musey Hartwell, y, con conocimientos en Psicología, en Psicometría, en Psicología y en Psiquiatría, será fácil que puedan ya hacer provechosas excursiones por el campo de la Pedagogía.

Y entonces comprenderán por qué es baldío y sin ningún provecho explicar la Ética á nadie, porque no hay quien saque de dichas enseñanzas utilidad alguna; antes al contrario, sirve tan dañosa oficiosidad para atrofiar el espíritu del niño, para enfermarlo, para, de libre, reducirlo á siervo. Opinar que son dos cosas distintas la instrucción y la educación es dar un inmenso salto atrás en la cronología de la cultura, es volver al tiempo pasado, es afirmar en pleno siglo XX la eficacia moral de la ciencia de Anselmo de Contorbery, de Alberto el Grande, de Santo Tomás de Aquino, de Hugues, de San Bernardo, de San Buenaventura, de Duns Scoto, de Abelardo, de Juan Rosullino y de tanto dialéctico y teólogo como alimentaron en la Edad Media las guerras y discusiones, muchas veces teñidas con sangre entre *nominalistas* y *realistas*. Y para esto habría que apagar de golpe todas las luces de la civilización presente.

Si, en la instrucción está el único remedio para la pobre España. Tarde hemos averiguado este secreto; pero, por tarde que sea, aún llegará en sazón, si los buenos patriotas nos unimos todos en un esfuerzo común. O nos redime el maestro de escuela, ó perdamos toda esperanza para siempre; pues sólo en el fomento y desarrollo de la instrucción primaria podremos hallar el anhelado bien.

¿La instrucción primaria... Pero, ¿existe eso en nuestro desdichado país? ¿Nuestras escuelas y maestros, son realmente elementales adecuados para la enseñanza? Hablemos primero de las escuelas.

Empiezo por protestar del error sostenido en el Congreso de los Diputados cuando se afirmó que en España hay más escuelas que en Inglaterra, más que en Alemania y más que en el Japón. Eso es inexacto, absolutamente inexacto. Valdría lo mismo sostener que 10 regimientos de los nuestros, de á 800 hombres cada uno, sumaban más soldados que ocho re-

gimientos rusos de á 3.000 plazas. Una escuela de Londres, ó de Berlín, ó de Tokio, supone por sí sola más escuelas que 10 juntas de las de Madrid, y lo supone en alumnos, en maestros, en material y en locales. La equivocación, en el caso presente, ha nacido de que para el cálculo se tomó la palabra «escuela» como signo de cantidad cuando le fuese por sí sola nada representa, mucho más si, como ocurre en nuestra nación, se halla absolutamente vacía.

Nosotros, fuera de contados ensayos, no poseemos aún el régimen moderno de la instrucción elemental, el constituido por la escuela graduada—conozco una admirable en Cartagena, levantada gracias á las loables iniciativas de un su altruista alcalde, don Mariano Sanz, y á la no desmayada insistencia y voluntad de acero de dos apóstoles de la enseñanza, los señores Martínez Muñoz y Martí Alpera.—El tipo común y corriente de nuestra escuela de niños es todavía el medioeval, el *solitario*; un maestro, una sola clase, entre mazmorra y zahurda, y un hacinamiento informe de criaturas de todas las edades escolares, desde los seis años á los catorce, amarrados al duro potro de la mesa *palotera* sin aire, sin luz, yertos en el invierno, amodorrados y sudorosos en el calor de Junio, y sintiendo á cada instante sobre las tiernas palmas de sus manos la maldita férula de Orbilio Pupilo.

Tan desdichado espectáculo hace traer á la memoria la doliente carta que en el siglo XVI, escribió Rodolfo Agripa á su maestro Juan Wessel: «Se me quiere confiar una escuela; mas considero este ensayo difícil y enojoso en extremo. Una escuela se asemeja á la prisión, donde no se oyen más que golpes y llantos sin fin. Si hay algo para mí que lleve un nombre contradictorio, es la escuela. Los griegos la llamaban *schola*, recreo, y los latinos *ludus litterarius*, juegos literarios; pero no hay nada que diste tanto del recreo y del juego. Aristóteles la denominaba *phroniserion*, lugar del tormento, y este es el nombre que mejor la conviene.»

Pues aún de estas escuelas—si es que tales lugares pueden llamarse así—todavía no tenemos el número que nos corresponde. La ley de instrucción

pública de 1857 asignaba á España 63.247 escuelas elementales, y esta es la bendita hora en que, tras de despilfarrarlo todo, después de devastar hasta «la última peseta», cuando hemos llegado á la anarquía desoladora que nos rige, resulta que en nuestro pobre pueblo sólo hay 24.262 tugurios dedicados á la instrucción de los niños, con lo cual los políticos annuñistradores de la nación han detentado á ésta 38.985 escuelas elementales. ¡Y luego dicen que fue por la mala fortuna por la que nos vencieron los americanos!...

Pero hay que ver qué condiciones tienen esas escuelas que nos restan.

Cuando en los países cultos toda la atención del estado es poca para cuidar de la escuela y del niño, habiéndose instituido los médicos escolares, los dentistas escolares, los oftalmólogos escolares, llegando Alemania, en esta forma de servicios, á nombrar, en 1902, un médico alienista para cada distrito, encargado del reconocimiento mental de los maestros, y el Estado de Nueva Jersey instaló un gabinete de desinfección, que esteriliza diariamente con formalina todo el menaje escolar de cada alumno; cuando el ministro de Instrucción de Prusia ordena, el 21 de Diciembre de 1900, que no se encuadernen los libros de las escuelas con alambre, y el Japón crea en 1899, una sección de Higiene escolar agregada al ministerio de Enseñanza, y el Mikado promulga una ley prohibiendo el uso del tabaco á los menores de edad, y en Connecticut acuerda el Consejo que las maestras no lleven vestidos con cola, porque pueden infectar la escuela con los gérmenes recogidos en la calle; cuando en 1902 gastó Berlín 300.000 marcos, sólo en los baños de sus escolares, y en los Estados Unidos de América, el *Bureau of Education* abre un expediente para determinar las condiciones de luz que debe tener una escuela, y Cohn de Breslau, inventa un procedimiento técnico automático que causa la iluminación normal de que ha de gozar un centro docente; cuando Engels, después de las experiencias de Lode y de Reichenbach, llega á resolver el problema de que en las escuelas no haya polvo, y Plack escribe su notable libro *Los pies calientes en la escuela*, y Fürst edita el suyo, *La limpieza de las clases en la escuela primaria*, y

la ciudad de Brooklyn funda una Biblioteca para niños en medio de un parque, y la de Hamburgo adquiere 25 hectáreas de bosque, donde juegan los alumnos de sus escuelas elementales; cuando las instituciones instructoras de niños anómalos se multiplican por todas partes, fundándose 57 en Alemania, con 211 clases y 4.467 discípulos; 253 en los Estados Unidos, en las cuales se da enseñanza á 71.600 niños, sosteniendo Londres siete grandes centros para sordo-mudos con 18 sucursales distribuidas por toda la ciudad; cuando el Municipio de Cristianía reparte en sólo un invierno un millón de raciones gratis á los niños pobres de sus escuelas, y las cuatro cocinas escolares que sostiene Ginebra proporcionan alimento todo el año á los educandos indigentes, y la ciudad de Charlottenburgo gasta en este servicio 15.000 marcos anuales, y el cantón de Berna mantiene 15.000 niños, de comida y vestidos, y el Ayuntamiento florentino sostiene á 2.500, y hasta en Rusia los *zemstvos* dan abrigos y almuerzo caliente á los alumnos pobres que viven lejos de las escuelas; cuando todo esto ocurre por el mundo, y en New-York, Chicago y Missouri se instituyen Tribunales especiales para la corrección de niños delincuentes, y el *schullernen* recorre con sus contracciones salutíferas desde Nagasaki á Edimburgo, y la Unión berlinesa de la enseñanza paga en 1902 18.000 marcos á las Empresas de ferrocarriles por excursiones de sus colonias de escolares, ¿qué han hecho nuestros políticos por la pobre España? ¡Ah!, sí, han nombrado ministro de Instrucción pública y Bellas Artes al Sr. Rodríguez San Pedro, al cual—siendo respetable y lodo—se le alcanza tanto de estas cosas como al Preste Juan se le alcanzaba de las alcantillas de Córdoba.

Y aún dicen que es poco sufrido nuestro pacientísimo pueblo!

Pues hay que saber, cómo de esas llamadas 24.262 escuelas elementales que nos han concedido, el 98 por 100 edificios—casarones viejos y ruinosos ó infectos zaquizamis—no reúnen ninguna condición higiénica ni salubre, no ya para niños, con los cuales han de ser más extremadas, sino para albergar humanas criaturas, á no ser que sea para negros bozales. Muchas de

Biblioteca de EL ECO DE CARTAGENA 216

go de hierro: de vez en cuando el joven cazador se creía en un kiosco tapizado de cabezas de tigres, cabezas inflamadas por la rabia, monstruosas sangrientas, iluminadas por dos carbucelos, y pidiendo olas de chispas como el hierro candente bajo el martillo.

Experimentaba terribles estremecimientos cuando sentía correr por su rostro la extremidad velluda de una cola de tigre fuertemente encorvada á través de las barras, porque parecía entonces que una brecha se abría en la ciudadela, y que cazador y murallas todo iba á ser aniquilado en las bocas de los monstruos del desierto.

A cada fase de este drama inaudito, Gabriel, semejante al bisoño pero valiente marino que se estremeció á la primera descarga de cañones y se sonrió á la segunda, había recuperado toda su sangre fría. Prodigaba á quematropa los disparos sin contarlos, é inferió muy pronto que el desaliento cundía en las filas enemigas.

Los animales temblaron á su vez como si hubiesen reconocido que luchaban locamente contra un poder superior. Los más precavidos ganaban con paso apresurado las montañas paternas, volviéndose algunas veces, para lanzar un sordo rugido, al teatro sangriento del combate. Los heridos marchaban con esfuerzo hacia un matorral de nopales; resguardábanse en él como en una ambulancia,

HEVA

213

siempre, la última luz del crepúsculo se extinguía sobre la cima de las palmeras, y Gabriel sufrió ese terror que experimenta el corazón del más esforzado en las horas solennes de la vida. Los dos bueyes habían caído sobre la hierba mortalmente heridos, y sus mujidos resonaban ya en la soledad.

Cuando se levantaron todas las estrellas en el firmamento anunciando á los monstruos del Asia que la tierra les pertenecía, hubo en los ecos lejanos un resuello estridente, que significaba que el olor de sangre reciente llegaba con la brisa á los hocicos entiles de las fieras. El festín estaba distante; los convidados acudían presurosos; el anfitrión acariciaba un doble gatillo con la extremidad del dedo.

Dos tigres, negros que parecían caer del cielo como dos aerolitos, se arrojaron sobre el costado jadeante de un toro, y de repente levantaron con fiereza sus bocas sangrientas al ligero ruido que hizo el cazador al apuntar su fusil á través de las barras. Al mismo tiempo otros tigres saltaban en medio de la obscuridad garcandola con los sigilosos de sus ojos, y deteniábanse bruscamente, como los caballos al borde del precipicio cortado á pico á veinte pasos de la jaula de Gabriel; y con dos patas dobladas hacia atrás y temblorosas, el pecho hacia adelante, las orejas caídas, la cabeza fija y